



REPENSANDO LA DISCAPACIDAD INTELECTUAL: UN PROFESOR, UNA FAMILIA Y UN HIJO EXCEPCIONAL

RETHINKING INTELLECTUAL DISABILITY: A PROFESSOR, A FAMILY
AND AN EXCEPTIONAL CHILD

ANA BELÉN MARTÍNEZ GARCÍA

Departamento de Inglés, ISSA - School of Management Assistance,

Edificio Amigos - Despacho 5090. Universidad de Navarra. Pamplona – 31008

abmartinezg@unav.es

La discapacidad entendida en clave positiva podría ser un buen resumen de este libro escrito por Michael Bérubé y publicado por primera vez en 1996. El síndrome de Down es, en el relato de este académico, una oportunidad para apreciar aún más si cabe el valor único de su hijo, y no una ocasión para suscitar la compasión. Es común al género de la autobiografía de discapacidad que los autores rechacen etiquetas impuestas desde el campo de la medicina, la ley o incluso de la literatura para ir más allá y promover un entendimiento más profundo del valor de la vida humana (Mitchell y Snyder 1997; Couser 1997).

Como se menciona en *The Routledge International Handbook on Narrative and Life History*, Bérubé se sirve de lo cotidiano, del día a día con su hijo contenido en historias de lo más normal, para reforzar su lucha social por los derechos de los discapacitados (Goodson et al. 2016). La lectura de este relato es una experiencia altamente emocional, donde empatizamos con el autor y lo que va sintiendo conforme avanza la narración. Como buen profesor de literatura, Bérubé recurre a referencias literarias como la obra *El ruido y la furia* de Faulkner o el *Macbeth* de Shakespeare, logrando así conectar con el lector traspasando fronteras geográficas así como temporales para recrear una visión universal del ser humano

en busca del sentido de la vida. Es especialmente conmovedora la lectura que Bérubé hace de los protagonistas de la obra de Faulkner, dos hermanos, un niño con síndrome de Down (para cuyo personaje Faulkner se basó en un niño de su pueblo) y su hermana, que le cuida con cariño pero está siempre atenta a que no le traten con condescendencia, característica vital para Bérubé.

Cynthia Franklin señala cómo la experiencia de ser padre de un niño con discapacidad mental lleva a Bérubé a replantearse sus valores: "From his perspective as caretaker, Bérubé questions a social order that values intelligence [...] over kindness and empathy, and independence over interdependence" (Franklin 2009: 261). Rosalía Baena, en su acertado comentario al texto de Bérubé, observa cómo "Mediante la descripción de sus sentimientos de afecto hacia su hijo, comienza a apreciar las contradicciones del paradigma político y clínico prevalente ante el síndrome de Down" (Baena 2013: 149). A la vez que se da cuenta de su cambio a nivel personal, realizado mediante la narrativa en primera persona, Bérubé insiste en la necesidad de un cambio social, de la percepción que tenemos de la discapacidad, en este caso, mental. Dándole la vuelta, y en tono positivo, se sorprende a sí mismo cuando afirma: "Indeed, there are days when, despite everything I know and profess, I

catch myself believing that people with Down syndrome are here for a specific purpose—perhaps to teach us patience, or humility, or compassion, or mere joy” (Bérubé 1996: 34). No se trata, pues, de pedir compasión para él o su familia, sino de dejar muy claro que, lejos de ser un niño limitado, retrasado o discapacitado, es, simplemente, Jamie. Lejos de ser una etiqueta negativa, es un niño, a ojos de su padre, excepcional.

Referencias

- Baena, Rosalía. “Narrativas y emociones: el auge del género autobiográfico”. *Emociones y estilos de vida. Radiografía de nuestro tiempo*. Eds. Lourdes Flamarique y Madalena D’Oliveira-Martins. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013. 131-54.
- Bérubé, Michael. *Life as We Know It: A Father, a Family, and an Exceptional Child*. New York: Pantheon, 1996.
- Couser, G. Thomas. *Recovering Bodies: Illness, Disability and Life Writing*. Madison: U of Wisconsin P, 1997.
- Franklin, Cynthia J. *Academic Lives: Memoir, Cultural Theory and the University Today*. Athens, GA: U of Georgia P, 2009.
- Goodson, Ivor, Ari Antikainen, Pat Sikes, y Molly Andrews, eds. *The Routledge International Handbook on Narrative and Life History*. London: Routledge, 2016.
- Mitchell, David T., y Sharon L. Snyder, eds. *The Body and Physical Difference: Discourses of Disability*. Ann Arbor: U of Michigan P, 1997.

Introducción

A mi pequeño Jamie le encantan las listas: comidas, colores, animales, números, letras, estados integrantes del país, compañeros de clase, partes del cuerpo, días de la semana, medios de transporte, personajes que viven en Barrio Sésamo, y los nombres de la gente que le quiere. A comienzos del verano pasado tuve la esperanza de que su pasión por las listas –y su habilidad de catalogar cosas y convertirlas en listas– le sirviera de ayuda en lo que sin duda serían unas “vacaciones” difíciles para cualquiera, y mucho más en el caso de un niño de tres

años con síndrome de Down: un viaje de tres horas en coche a Chicago, un vuelo en hora punta al aeropuerto de La Guardia, un taxi a la estación Gran Central, un tren a Connecticut–y después pequeños desplazamientos a Nueva York, Boston, y Old Orchard Beach, en Maine. Solo lograr el primero de estos objetivos de la misión–llegar a salvo al aeropuerto de O’Hare–requería una precisión y una capacidad de trabajo en equipo que no siempre es propia de mi familia. Dejé a Janet y a Nick, de nueve años, en la terminal con el equipaje, llevé a Jamie conmigo al aparcamiento de larga estancia mientras facturaban, y luego entretuve a Jamie de vuelta a la terminal, en bus y tren lanzadera. Cantamos acerca del conductor del autobús, contamos los escalones de las escaleras mecánicas y las paradas del tren, y cuando finalmente llegamos al avión, le dije: ¡Mira, ahí están mamá y Nick, en la puerta! ¡Nos gritan que vamos a perder los asientos! ¡Quieren saber por qué nos ha llevado cuarenta y cinco minutos aparcar!

Todo fue bien desde entonces, a pesar de todo, y al final supongo que podríamos decir que Jamie disfrutó tanto sus vacaciones como cualquier otro niño pequeño al que se le lleva por todo Nueva Inglaterra. Es un experto viajero, y adora la costa, las reuniones familiares y la pizza de New Haven. Y se le dan bien las caras y los nombres.

Por otra parte, como pudimos comprobar hacia el final de nuestra corta estancia en Maine, no le gustan demasiado los parques de atracciones. Tampoco es que a Nick le gustaran mucho cuando tenía tres años. Pero parece ser que una de las atracciones principales en Old Orchard Beach para mi mujer y sus hermanos, que asociaban a su propia infancia, eran la sala de juegos del paseo de la playa y el parque de atracciones en la propia ciudad. Era una zona agradable, con una montaña rusa justo a la medida de Nick–excitante, que daba un poco de miedo, pero sin bucles ni anillos de fuego, ni fuerzas G exageradas. Paseamos entre coches de choque, algodones de azúcar, juegos de azar y destreza, y un número increíble de turistas franco-canadienses; quizá la primera vez que mis dos chicos veían a más de una familia Bérubé en un solo lugar. Sin embargo,

James no quiso saber nada de las atracciones y, aunque le gusta fingir que conduce y había probado los coches de choque antes, se puso a chillar de tal manera que antes de que empezara la atracción que logró que los operadores le dejaran salir del coche y le devolvieran el dinero de los dos billetes.

Al final Jamie se acomodó al lado de una atracción de tren diseñada para niños de cinco años o menos que, por dos billetes, llevaba a sus pasajeros alrededor de un circuito oval y sobre un puente cuatro veces. Enseguida comprendí que Jamie no quería *montarse* en el tren; solo quería estar en el perímetro del mismo, agarrando la barrera con ambas manos y contando los coches –uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis– mientras pasaban. A veces, cuando el tren atravesaba el puente, James lo animaba con saltitos diciendo: “¡Arriba, arriba, arriba!” Pero la mayor parte del tiempo se contentaba con sujetarse a las barras metálicas, sonriendo de oreja a oreja y contando –y cuando el tren se detenía me tiraba de la manga y decía: “Más, otra vez”.

Así seguimos casi media hora, pasado el punto en que me uno al entusiasmo de Jamie al comprobar el avance del tren de manera convincente. Conforme pasaba el tiempo, me empecé a entristecer de una manera que no recuerdo haber sentido nunca. En ocasiones Janet o yo recordamos que Jamie siempre será un “discapacitado”, que sus años de adolescencia y vida adulta serán sin duda más duros emocionalmente –para él y para nosotros– que su infancia, que nunca lograremos *no* preocuparnos por su futuro, su calidad de vida, si estamos haciendo lo suficiente por él. Pero normalmente esos momentos tienen lugar en el relativo confort de la abstracción, cuando Janet y yo estamos en la cama por la noche pensando en qué será de todos nosotros. Por el contrario, cuando estoy *con* Jamie, suelo estar completamente absorto en cuidar de sus necesidades en vez de preocuparme por su futuro. Cuando me pide escuchar a los Beatles porque le encanta la portada de “Long Tall Sally” de Little Richard, le pongo la canción, canto con él y le miro mientras baila feliz; no me dedico a preguntas ajenas como si llegará a distinguir los Beatles del principio de su carrera con los del final, o

las canciones de Paul de las de John, o los originales de sus portadas. Estas preguntas son ahora clave para apreciar cómo disfruta Nick de los Beatles, pero ese es Nick. Jamie es completamente único, y mientras estoy con él no puedo pensar en nada más que en Jamie.

Lo he intentado. Casi como ejercicio emocional, alguna vez he intentado distanciarme y verle como le ven otros, como en ejemplo de una categoría, un ítem de una larga lista de subgrupos humanos. *Este es un niño con síndrome de Down*, me digo a mí mismo. *Es un niño con discapacidad intelectual*. Nunca funciona; Jamie sigue siendo Jamie para mí. He llegado a intentar imaginar cómo habría sido en otra época, en otro lugar: *Es un niño retrasado*. E incluso: *Es un niño mongoloide*. Esto supone una disonancia cognitiva insostenible. Puedo imaginar a gente que piensa así, pero no puedo imaginar cómo eso les puede impedir ver a Jamie *como* Jamie. Intento recordar cómo veía a esos niños cuando yo era pequeño, pero me avergüenza darme cuenta de que no lo recuerdo; ni siquiera recuerdo verles, lo cual probablemente significa que nunca los consideré *como* niños. En lugar de eso, recuerdo un famoso pasaje de las *Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein: “El Ver como... no pertenece a la percepción. Y por esto es como ver en un sentido y en otro no lo es”. A menudo pienso que leer a Wittgenstein es como escuchar a un tío brillante y gruñón con un apego irritante a los acertijos.

Pero en este, sé perfectamente lo que quiere decir. A medida que Jamie contaba los vagones y les ordenaba ir arriba, arriba, arriba por decimosexta vez quizá, de pronto empecé a verle de manera diferente –y luego me sorprendí haciéndolo. Ver, ver como..., luego ver. No era como el resto de niños de su tamaño, que iban en el tren con la típica mezcla de angustia y placer, y era *notablemente* diferente. Empecé a ver a otros padres mirándole con voluntad de ayudar, curiosidad, pena... y pensé, bueno, mejor eso que miedo o asco, pero aun así no me gusta. El año pasado, volviendo de visitar un huerto de manzanas local, Janet me dijo que había visto a otros padres mirando a James con una expresión que ella interpretó como: *Así que tienen esa pinta cuando*

son pequeños, y dijo que les había enviado mensajes telepáticos a dichos padres diciendo: *No mires a mi hijo, que se comporta perfectamente; controla a tu hijo, que está empujando a los demás fuera del carro*. Pero esto era distinto. Aquí, en una atracción para niños pequeños, Jamie parecía claramente... limitado. No solo reticente, sino *incapaz* de disfrutar de lo que se supone que los niños "normales" disfrutaban.

Finalmente una madre se nos acercó y le preguntó a Jamie (me alegré de que le preguntara a Jamie directamente en vez de preguntarme a mí) si le gustaría montar en el tren con su hija. "¿Te gustaría montar en el tren con esta niña pequeña?" le dije, alzándole en brazos. "Noooooooo", dijo James, arqueando la espalda y resistiendo como buenamente podía. "Abajo, abajo", añadió, señalando el suelo. "Muchas gracias", le dije a la madre de la niña. "Le encanta mirar el tren, pero no le apetece demasiado montar. Muy amable por preguntar". Se quedó a nuestro lado lo que duró el viaje de su hija, mientras yo conversaba con Jamie acerca de si sus compañeros de clase montarían en el tren:

"¿Monta en tren Madison?"

Jamie asintió "ajá" (un "sí" abreviado que aprendió de su madre), luego ladeó la cabeza y siguió en su modo "lista": "¿Qué tal... mmm... Keegan?" A veces cuando Jamie se queda pensativo y dice: "¿Qué tal... mmm...?", está pensando mucho; a veces, creo que solo repite una rutina que ha aprendido de ver a gente pensativa.

"Ah, sí, Keegan monta en tren", le aseguré.

"¿Qué tal... mmm... Thaniel?"

"Sí, Nathaniel también monta en tren". (Buena pronunciación de la "th" interdental, pensé).

"¿Qué tal... mmm... Timmy?"

"Timmy puede montar en tren".

"¿Son sus amigos?" me preguntó la madre de la niña.

"Sí", contesté. "Espero que así entienda que también él puede montar en el tren. Si no, me conformaré con recordarle que vuelve a la guardería la semana que viene". Pero esta vez me importaba un bledo que se montara en el maldito tren; solo quería que cambiara la rutina, que dejara de agarrarse a las barras y de decir "arriba, arriba, arriba". No solo por su bien, o por el

bien de quien pudiese estar mirando, sino por mi bien; me estaba francamente aburriendo de cómo se estaba tomando Jamie el parque de atracciones.

De repente me di cuenta de por qué el comportamiento de Jamie me había estado molestando, por qué había empezado a parecer un niño "limitado", un mero miembro de un género: me estaba recordando un pasaje de la novela de William Faulkner *El ruido y la furia*, una imagen de Benjy Compson agarrado férreamente a la verja de entrada y mirando a niños "normales" que pasaban sin miedo por delante de él:

No hay forma de que se calle, dijo T.P. Cree que si baja a la portilla regresará la señorita Caddy.

Tonterías, dijo Madre.

Yo las sentía hablar. Salí por la puerta y las sentía y bajé hasta la portilla, hasta donde pasaban las niñas con los libros. Ellas me miraban, andando deprisa, con las cabezas vueltas. Yo intenté decir, y ellas iban más deprisa. Luego corrían y yo llegué hasta el extremo de la cerca y no podía ir más lejos y me agarré a la cerca, mirando cómo se iban e intentando decir.

Y entonces recordé al joven Benjy, abrazado con cariño por su hermana Caddy después de que su madre le llamara "pobre bebé":

nos detuvimos en el vestíbulo y Caddy se arrodilló y me rodeó con los brazos y su cara fría y brillante contra la mía. Olía como los árboles.

"No eres ningún pobrecito. A que no. Tienes a Caddy. A que tienes a tu Caddy".

Es uno de los primeros retratos de Caddy Compson en la novela: a diferencia de su madre obsesivamente auto-dramática, quiere a Benjy demasiado como para permitirse la distancia de la compasión. La escena no podría ser más relevante para el drama emocional de la novela de Faulkner. Caddy es un personaje tan atractivo y agradable precisamente porque es la única

de todos los Compsos que trata a Benjy siempre con ternura [...] sin llegar a la condescendencia. En este sentido Benjy es la clave para entender el índice moral de la novela: *Aquello que hagáis con cualquiera de mis hermanos...* y cuando Caddy es expulsada del hogar Benjy pierde al único miembro de su familia consanguínea con la empatía necesaria para entender sus deseos. Por algo Caddy y Benjy son los personajes más involuables de la literatura de nuestro siglo. A pesar de sus famosas pirotecnias narrativas, *El ruido y la furia* es, en el fondo, una novela de personajes: la condenada Caddy, el meditabundo Quentin, el demoniaco Jason, la estoica Dilsey, y el retrasado Benjy, cuyos sentidos y emociones primarios son dolorosamente agudos pero que no tiene sentido del paso del tiempo, ni del bien y el mal. La mayoría de los lectores de Faulkner saben que el título de la novela alude al soliloquio final del *Macbeth* de Shakespeare:

La vida es una sombra tan sólo, que transcurre;
un pobre actor
que, orgulloso, consume su turno sobre el escenario
para jamás volver a ser oído. Es una historia
contada por un necio, lleno de ruido y furia,
que nada significa.

Y, supongo que mucha gente (aunque no muchos de mis alumnos) sabe que Benjy pertenece al noble linaje de la Literatura Occidental, desde *El rey Lear* pasando por Dostoievski hasta *Forrest Gump*. Pero no demasiados lectores saben que Faulkner se basó en un hombre de Mississippi con síndrome de Down para este retrato.



Más tarde aquella misma noche salimos a cenar –¿qué otra cosa podía ser?– marisco. A Jamie le encanta el pescado, especialmente el salmón, y le entretienen al mismo tiempo que le asombran los retratos en libros

ilustrados de osos grizzli pescando con sus garras y devorando salmones del río. “¿Eres como un oso hambriento?” le pregunto a James. “¿Engulles el salmón entero?” “Mmm”, asiente Jamie, y no está de broma: le hemos visto ingerir casi medio kilo de salmón de una sentada, todo mientras se llevaba el dedo índice a sus labios fruncidos y decía “Más”.

Así que, como era de esperar, James se lo pasó en grande durante la cena. Después de cenar, le entraron ganas de inspeccionar el restaurante un rato. Era un lugar grande que se jactaba de restaurante “familiar”, lo cual significaba que permitía un montón de tronas, asientos para niños, raciones pequeñas, líquidos derramados, cubiertos que se caen, y ruido. Supuse que un niño pequeño dando vueltas por ahí, supervisado por su papá, no constituiría una violación del decoro. Por fortuna, una sección entera del restaurante estaba vacía—unas diez mesas contra la pared, en una plataforma elevada dos escalones por encima del resto del suelo, acompañada de una bar y una tele. Hasta el momento, el área servía para acomodar a camareras descansando y a unos fans de hockey viendo el cuarto partido de la final de la Copa Stanley entre Detroit y Nueva Jersey. “Bueno, sé que quieres ver el partido”, me dijo Janet. “¿Por qué no lo llevas hasta allí?”

Así que mantuve un ojo en la final de la Copa Stanley y otro ojo en Jamie, mientras caminaba metódicamente de mesa en mesa, balbuceaba para sí mismo enérgicamente, y se desplazaba una y otra vez hasta una pequeña chimenea de pizarra—apagada, por supuesto, a finales de junio. Pero no fue hasta que se acercó a una mesa cerca de mí que oí algo de lo que balbuceaba: “Taco”, decía. “Mmm. Pollo. Vale”. Asintió, y otra vez que se fue para la chimenea.

Fruncí el ceño. *No, no puede ser*. Pero pensándolo bien, él es tremendamente mimético, ¿no es así? ¿No finge hacer el café por la mañana? ¿No intenta aliñar la ensalada, poner la mesa, y barrer todos los destrozos de debajo de su silla después de cenar? *Pero no se le ocurriría algo tan elaborado. No con tres años*. A ver, espera. Aquí viene. Se para en una mesa, luego va a otra donde parece, por lo que cuenta, estar sirviendo pizza y

hamburguesas. Conozco el menú: todas estas cosas forman parte de su lista de comidas favoritas. Abandono el partido de hockey, tomo asiento en una mesa cercana, y le llamo para que venga. “¿Jamie?” Viene caminando. “¿Eres el camarero?”

“Mmm”, murmulla sonriente, con los ojos como platos, claramente encantado de que le haya seguido el juego.

“¿Me puede usted traer... veamos... un sándwich de atún?”

“¡Atún!” medio grita en una vocecilla ronca, y se dirige de vuelta a la chimenea. ¿Me lo imaginé escribiéndolo? Debo haberlo imaginado. Es extraordinariamente mimético, de acuerdo, como lo son muchos niños, pero no suele pillar los pequeños detalles; está más a gusto con ideas generales. Quiero decir que menea el recogedor, pero no recoge *todo* el arroz, ni de broma. Se sabe la ruta que hace Janet para hacer el café, pero no entiende que hay que poner agua *dentro* de la cafetera. Tiene tres años y, como el gato garabato de Dr. Seuss, arma barullo. Pero sé que *quise* creer que escribía lo que pedí.

Al final volvió a mi mesa, pero no recuerdo si se acordaba de que le había pedido un sándwich de atún. En este punto yo estaba tan inmerso en el mismo tipo de ensoñación que me había poseído en el parque de atracciones, solo que esta vez yo sabía que Jamie no tenía antecedentes literarios. Él había decidido que esa zona del restaurante era suya, que esas mesas estaban pobladas de clientes pidiendo tacos, pollo, pizza, hamburguesas, patatas fritas, y atún (nada de judías verdes, ni melocotón en almíbar, ni brócoli, ni fresas), que la chimenea era la cocina, y que él era el camarero. ¿Era este el niño que parecía tan “limitado” en el parque de atracciones? Los adultos que lo habían visto aquella tarde lo podían haber tomado por un niño retrasado, un niño discapacitado, un niño que daba lástima; y los niños, si eran niños como yo lo fui, podían no haberlo “visto” ni tan siquiera. Ciertamente no habrían visto a esta personita bien distinta con la cual fui al restaurante aquella noche—un niño de tres años cuya habilidad para imitar está íntimamente ligada a su capacidad impresio-

nante de imaginar, y cuya capacidad de imaginar, por su parte, recae casi por entero sobre su capacidad de imaginarse a *otra gente*. Por supuesto, su imaginación tiene límites; se evidencian en el menú. Se imagina a gente que pida de *su* lista de comidas y, sí, esa lista es (según los estándares de cualquier nutricionista) limitada. Pero la habilidad de imaginar lo que podría gustarle a otra gente, lo que otra gente podría necesitar—eso me parece una habilidad más crucial, más *esencial*, para el desarrollo de los seres humanos que la habilidad de montarse en trenes que dan vueltas una y otra vez. Después de regresar a nuestro motel, tras la victoria de Nueva Jersey en la Copa, después de que los niños se hubiesen dormido, miré por la ventana en dirección a la playa y me pregunté si Janet y yo siempre seríamos capaces de entender lo que Jamie quiere y necesita, y si nuestra habilidad para imaginarnos sus deseos equivaldría a su habilidad para imaginarse los nuestros.

Mientras tanto, al tiempo que Jamie armaba jaleo acerca de los coches de choque, servía platos a comensales imaginarios, y chapoteaba en las olas del mar, el Congreso número 104 de los Estados Unidos debatía cómo equilibrar el presupuesto federal recortando programas de ayuda a los discapacitados físicos y mentales; los electricistas y obreros de la construcción en New Haven estaban dando los últimos toques a los preparativos de los Juegos Paralímpicos de 1995; los investigadores del Proyecto del Genoma Humano estaban intentando localizar la base bioquímica de todas nuestras variantes; y millones de seres humanos ordinarios, todos de ellos mujeres, estaban sometándose a pruebas prenatales para la detección de defectos genéticos “severos” como el síndrome de Down.

Jamie no tiene ni idea de la intersección tan abarrotada en la que ha aterrizado: estatutos, ayudas, genética, reproducción, representación—todos reunidos en un cruce de idiosincrasia individualista y construcción sociopolítica. El “valor” puede ser algo que solo viene determinado por la sociedad, por deliberación humana colectiva y caótica; pero los seres humanos individuales como James nos fuerzan cada día a determinar qué *clase* de “individualidad” valoraremos, según qué

términos, y por qué. Quizás aquellos de nosotros que entendemos este cruce de caminos tengamos la obligación de “representar” a los niños que no pueden hacerlo; quizás tengamos la obligación de informar a nuestros niños sobre el tráfico, y de informar al tráfico acerca de nuestros niños. Conforme esos niños vayan creciendo, quizás necesitemos fomentar sus habilidades para que se representen a sí mismos—y para hacerles caso como ellos lo hacen. Sospecho que, en efecto, tenemos estas obligaciones. No estoy completamente seguro de lo que pueden implicar. Pero parte de mi propósito, al escribir este libro, es representar a Jamie lo mejor que puedo—al igual que es parte de mi propó-

sito, al representar a Jamie, que nos preguntemos por nuestras obligaciones de unos con otros, individuales y sociales, y acerca de nuestra capacidad de imaginarnos a otra gente. No puedo asegurar por qué poseemos la capacidad de imaginarnos a otros, ni mucho menos la capacidad de imaginar que podríamos tener *obligaciones* para con los demás; tampoco sé por qué, si poseemos tales cosas, nos comportamos a menudo como si no lo hiciésemos. Pero sí sé que Jamie me ha movido a formular de nuevo estas preguntas, igual que sé lo vital que es que cultivemos de manera colectiva nuestras capacidades de imaginarnos nuestras obligaciones de unos con otros.

